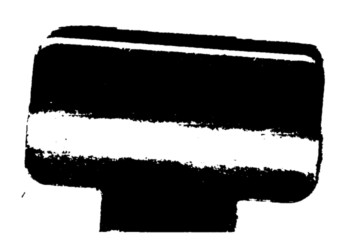
Real Academia Española

D. Leopoldo Augusto de Cueto.



DISCURSOS

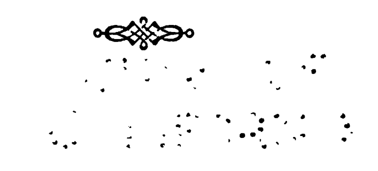
LEIDOS ANTE

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCION PÚBLICA DEL

Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto,

EL DIA 14 DE MARZO DE 1858.



MADRID.—1858.
Imprenta de Tejado,
Á CARGO DE FRANCISCO DE ROBLES,
Leganitos, 47.

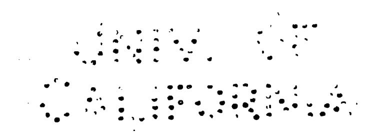
DISCURSO

DE

D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

JUICIO CRÍTICO DE QUINTANA

como poeta lírico.



Señores

Cuando solicité entrar en este noble y glorioso recinto para tomar parte en vuestras provechosas tareas, no me asaltó ni un solo momento la temeraria y orgullosa creencia de que fuesen mis escasos merecimientos proporcionados al alto honor á que aspiraba. Cultivador oscuro, si bien afanoso y perseverante, de la lengua y de las letras españolas, dispuesto siempre á lamentar la invasion contínua en nuestro bello idioma de palabras y locuciones de exótico orígen, que empañan su lustre y desnaturalizan su esencia, no podia yo desconocer la alta importancia de este Cuerpo, centro de autoridad indispensable para poner freno á los extravíos de escritores de liviana conciencia, y esclarecido guardador de las formas genuinas y acendradas del habla magnífica de nuestros padres. Pero en esta solemne ocasion, al verme entre vosotros llamado por vuestros bondadosos sufragios, al recordar los timbres de gloria que os franquearon estos ilustres umbrales, veo con más claridad, y siento en mi alma

con más intenso agradecimiento todo el alcance del señalado favor que vuestra indulgencia me ha dispensado; á mí que carezco de títulos bastantes para que esta honra sea hoy, como suele ser, el galardon debido á los afanes del filólogo y á los aciertos del hablista.

El asunto del discurso que, cumpliendo loables prácticas de esta sábia institucion, he de pronunciar ante vosotros, se presenta naturalmente al considerar que, por un azar abrumador al par que lisonjero, vengo á ocupar, no á llenar, el inmenso vacío que ha dejado en este recinto la universalmente deplorada pérdida del ilustre Quintana. Quien, como yo, ve colocado su asiento de Académico sobre el sepulcro de un gran poeta; quien trae aquí un nombre silencioso y olvidado, para reemplazar en los anales de la Academia á uno de esos nombres que llevan tras sí el rumor de la gloria, faltaria á la justicia, faltaria á elevados y nobles miramientos, si en este acto no se ocupase con preferencia en rendir á su antecesor el tributo de admiracion que á los grandes escritores se debe. Quintana, pues, será el asunto de mi discurso; Quintana, el inspirado escritor que, evocando con pindárico acento las antiguas glorias de la patria, nos ha infundido, en nuestros años juveniles, elevacion al pensamiento, robusto temple al corazon, y dado al ánimo luminoso y varonil recreo. Así lograré que de mí aparteis vuestros ojos, fijándolos únicamente en la aureola de gloria que circunda el nombre del poeta.

Pero ya adivinais, señores, que no voy á encerrar inconsideradamente el homenaje de admiracion que debemos tributarle en el exiguo y compasado molde de un elogio académico. La crítica moderna, más libre y filosófica, y al mismo tiempo más natural y, por decirlo así, más sincera, consiente apénas un género de literatura tan fastuoso y tan artificial. Es en balde buscar la expresion sencilla y pura de los afectos y de las ideas, la imparcialidad elevada, la grandeza moral, la

admiracion franca y persuasiva, cuando el alma se siente comprimida por las caprichosas condiciones de una estética falsa y ceremoniosa. Escribir con propósito prévio y deliberado de encomiar á todo trance, equivale á decir al criterio humano: «vuela con las alas del entusiasmo; pero sujétalas primero con »las cadenas de la retórica.»

Para juzgar con tino, para aplaudir con la efusion de un sentimiento fogoso y verdadero, es necesario poder seguir libre y desembarazadamente todas las tendencias del alma, todos los giros del ingenio, todos los vaivenes del pensamiento. El gusto moderno rechaza la literatura de los *panegíricos*, porque es una literatura bastarda y convencional, que busca el entusiasmo en la pompa de la frase, y no en la expresion sencilla de los sentimientos del corazon. Vosotros, señores Académicos, sabeis en qué ha venido á parar aquella calorosa admiracion que despertaron en el siglo último los célebres elogios de Thomas. Con el énfasis de las palabras y el aparato facticio de las imágenes y de las ideas, ahogaba este escritor las prendas de alta ley que habia en su entendimiento; y ahora que han cambiado los impulsos de la vida moral y literaria de aquellos tiempos, y pasado con ellos los motivos de éxito efímero que tanto alucinan y extravían, se han deshojado las coronas triunfales de Thomas. Su entusiasmo, más que eco del alma, parece elaboracion del artificio: su vehemencia, vaga y ampulosa, no conmueve el ánimo, ni enardece la fantasía. Los *elogios* de Thomas, que son los mejores dechados de este linaje de composicion académica en la literatura moderna, dejan en el ánimo de los lectores del dia la misma impresion glacial que los *panegíricos* de los sofistas griegos y romanos.

Pero ¿ha de proscribirse el *elogio* libre, sincero, analítico, que prueba y no pondera, que siente y no declama, que reemplaza la hipérbole con la pasion? De ningun modo. Ahí

están los elogios fúnebres inspirados por los héroes de la antigüedad.

Ahí están sobretodo los *panegíricos* de la Iglesia cristiana: no tienen á veces todos los refinamientos de la elegancia filológica; pero tienen en cambio la fe, la emocion, la verdad, las prendas, en fin, que estampan un sello imperecedero en las obras del ingenio humano. ¡Cómo se trasluce al través de la vigorosa sencillez de estos panegíricos la ardiente admiracion con que abrasaba el alma de los primeros escritores cristianos la sublimidad de los mártires! ¡Con cuán noble y desinteresado afecto, con cuánta elevacion moral ensalzan las virtudes de los protectores de la Iglesia naciente! Mueve y penetra el alma lo que brota del fondo de ella, y en las letras, señores, no hay triunfo mayor ni perfeccion más alta. Por eso el elogio es admisible, no como ley retórica, sino como consecuencia de la admiracion libre y profunda: por eso vale más el crítico que examina y aplaude, que el ciego encomiador que, sin trégua y por sistema, encarece y adula.

La Academia disculpará esta breve digresion que he juzgado necesaria para entrar con desembarazo y sin alarma alguna de conciencia en el exámen de las calidades poéticas de mi esclarecido antecesor. Si, al juzgar sus obras, advierto la falta de algunas prendas, que habrian hecho universal y completo el númen del poeta, no por eso aparecerá ménos profunda mi admiracion por las grandes dotes que adornaban su alma. Las observaciones templadas y justas de la crítica hacen resaltar la sinceridad de las alabanzas: son como el fondo de un cuadro que hace parecer más vivo el resplandor de los colores.

Larga y poco adecuada en esta ocasion sería mi tarea, si, al juzgar á Quintana, hubiese de considerarle bajo todas las formas, múltiples y variadas, con que resplandece su

nombre en la república literaria. Dotóle la Providencia con larga mano de facultades intelectuales, diversas y poderosas, y abarcaba en el campo de las letras los más árduos y diferentes caminos. Crítico, historiador, publicista, autor dramático, poeta lírico. Desplegó Quintana todas estas fases de escritor. En algunas de ellas dejó rastros de luz: en todas imprimió los destellos del fuego que abrasaba su alma impetuosa y su arrebatada fantasía.

Con la *Coleccion de Poesías selectas castellanas* y con la *Musa Épica* prestó Quintana un insigne servicio á los amantes de las letras. El cuadro histórico de la poesía castellana y los esclarecimientos críticos que acompañan las compilaciones citadas, están escritos con órden, con tino, con buen gusto. Quintana introduce en la crítica, como en todo cuanto escribe, las prendas más bellas de la elocuencia: el colorido y la emocion. Pero el sentido filosófico tenia en su mente ménos fuerza y alcance que el vuelo de la imaginacion y la vivacidad de los afectos; y su crítica, si bien elegante y animada, encierra el gusto en un círculo bastante estrecho, se paga con exceso de los hechizos de la forma, desdeña la poesía popular, y no explica suficientemente las vicisitudes del gusto literario, ni toma en cuenta las íntimas relaciones que le enlazan en todo tiempo con las ideas y las costumbres de los pueblos.

Las *Vidas de españoles célebres* honran sin duda el corazon y el entendimiento de Quintana. Son uno de sus más brillantes lauros, porque demuestran la noble tendencia, ingénita en su espíritu, á vivificar la memoria de los claros varones de nuestra nacion y á regenerar el animoso temple de los españoles, que con rubor y lástima veia desfallecer y aniquilarse á impulso de las desgracias públicas. El Cid, Guzmán el Bueno, Roger de Lauria, el Gran-Capitan, Vasco Nuñez de Balboa, el Príncipe de Viana, Don Álvaro de Luna,

Francisco Pizarro, Fray Bartolomé de las Casas: estos nombres hicieron resonar en el alma de Quintana los grandes ecos de las glorias pasadas, y movido por la potente palanca del entusiasmo, intentó, no sin fruto, levantar y robustecer el decaido aliento nacional, presentando, en cuadros biográficos correctos y elegantes, la imágen fascinadora de hidalgos hechos, de hazañas peregrinas, de espléndidas virtudes.

Pero estas biografías, tan brillantes por el lenguaje, tan conmovedoras por el calor de los sentimientos y la animacion de las imágenes, tan dignas de aplauso por la noble intencion que las inspira, no llenan, sin embargo, todas las condiciones que la crítica elevada y severa requiere para las composiciones históricas. No se ve con claridad completa, ni á veces con exactitud suficiente, el campo de ideas, de costumbres, de preocupaciones, de móviles legítimos y de intereses morales en que obran, sienten y piensan los grandes hombres que retrata. Habíase educado Quintana con las máximas y principios de la filosofía francesa del siglo XVIII, y, nutrido su espíritu con las paradojas y seductoras apariencias de la escuela escéptica, solia ver los hechos de los tiempos pasados al traves del prisma engañoso de las pasiones artificiales y fugitivas que eran el alma de aquella infeliz filosofía. Así es, por ejemplo, que parando con preferencia el pensamiento en las calamidades y desmanes que son y han sido siempre tremendas é inseparables compañeras de las conquistas más gloriosas, se apiada de los indios con vehemencia deliberada, tan absoluta y exclusiva, que casi no ve en los conquistadores españoles más que sañudos y codiciosos aventureros. Bajo este punto de vista, pequeño en las esferas filosóficas de la historia, casi desaparece la grandeza de aquel impulso ferviente y dominador que, no cabiendo en el territorio de España, se difundia por los ámbitos más apartados de la tierra; casi se eclipsa el aliento magnánimo

de aquellos denodados guerreros, que realizaban con maravillosa intrepidez inauditas empresas, y que, al lado de la codicia y la fiereza, llevaban en su corazon los más altos afectos del héroe cristiano: amor á su patria, lealtad á sus Reyes, fe profunda en su Dios. Quintana, alucinado con las erradas doctrinas que, por decirlo así, habian inoculado en su ánimo los filósofos enciclopedistas, casi mira como un atentado contra la independencia de las razas y de los pueblos haber sacado á los indios, por medio de la conquista, de su estado salvaje, haber plantado en América con las armas la antorcha de la civilizacion, haber derramado en aquellas vastas regiones la luz divina y consoladora del Evangelio.

Hay otra obra de nuestro ilustre poeta, las *Cartas á Lord Holland sobre los sucesos políticos de España en la segunda época constitucional*, la cual no me cumple juzgar ahora. Es un bosquejo de los acontecimientos principales de aquel borrascoso periodo de nuestra historia política, escrito con pasion, y á veces con elocuencia, y no exento de miras elevadas y de móviles generosos. Fuera de las bellezas de estilo y de diccion, rebosa de tal manera en estas cartas el sentimiento de la independencia nacional, y se presenta con un carácter tan ardiente, tan agresivo, tan implacable, que no puedo dejar de hacerlo notar al hablar de ellas, aunque las cito de pasada y rehuyendo abierta y deliberadamente su exámen. «La España, exclama Quintana en una de ellas, la España sin colonias, sin marina, sin comercio, sin influjo, debiera ser indiferente á la Europa. ¡Pluguiese al cielo que se realizase lo que tantas veces se ha dicho por escarnio, y que el África empezase en los Pirineos! Seriamos sin duda rudos, groseros, bárbaros, feroces; pero tendriamos como nacion una voluntad propia así en el bien como en el mal.»

Este fuego del alma, esta voluntad resuelta y un tanto irreflexiva, este arrebato del pensamiento: hé ahí el encanto

principal de las producciones de Quintana. En él preponderan siempre, ofuscando las demas cualidades, la llama del poeta, y el ímpetu del ardiente patricio.

Estos impulsos nobles é imperiosos, que constituyen la gloria más pura y el alma entera de Quintana, produjeron la hermosa tragedia *El Pelayo*. Esta composicion dramática no pasará á las edades venideras por la perfeccion de la estructura, ni por la diccion acrisolada, ni por la sencillez ática de la expresion, ni por el movimiento y armonioso enlace de los lances dramáticos, ni por la verdad local é histórica de las costumbres. Pero vivirá miéntras haya pechos españoles que palpiten al eco de la independencia y del heroismo. Aún resuena en el fondo de nuestra alma, con el mismo hechizo que resonaba en la aurora de nuestra juventud, aquella magnífica definicion de la patria que pone Quintana en boca de Pelayo:

« ¡No hay patria, Veremundo! ¿No la lleva
Todo buen español dentro en su pecho?
Ella en el mio sin cesar respira:
La augusta religion de mis abuelos,
Sus costumbres, su hablar, sus santas leyes
Tienen aquí un altar, que en ningun tiempo profanado será... »

¿Cómo han de olvidarse aquella entereza indómita y airada que manifiesta Pelayo sin interrupcion ni sosiego en toda la tragedia, y la gallarda y robusta entonacion de sus palabras cuando dice para arrojor baldon y oprobio sobre el nombre del Monarca vencido:

« En ruedas de marfil, envuelto en sedas,
De oro la frente orlada, y más dispuesto
Al triunfo y al festin que á la pelea,
El sucesor indigno de Alarico

Llevó tras sí la maldicion eterna.»

Despues exclama; dirigiéndose á los caudillos:

«¿Temblareis? ¿Cedereis? No; vuestros brazos
Alcen de los escombros que nos cercan
Otro estado, otra patria y otra España
Más grande y más feliz que la primera.»

En la misma escena, para alzar al Rey que ha de conducirles á la victoria, Alfonso propone á los nobles asturianos la proclamacion de Pelayo con estas palabras:

«Pelayo nuestro Rey, caudillo nuestro
Debe ser, *ciudadanos*...»

Aquí asoman, señores, en esta calificacion de *ciudadanos*, los conatos que de tan buen grado manifiesta Quintana á confundir las tendencias de libertad política con los instintos de independencia nacional. Aquellos capitanes godos, hijos de las asperezas de Covadonga, no se llamaban, no podian llamarse á la sazon *ciudadanos*, y si lo hubieran hecho, no habria por cierto sonado esta palabra en sus oidos como sonaba en las mocedades de Quintana. Aquellos guerreros, arrollados por la opresion de los mahometanos y estrechados en los confines del territorio, vivian con el cuchillo á la garganta, y al levantarse contra los invasores, no estaban en verdad para pensar en dictados de libertad política, ni podian tener otra meta ni otras banderas que no fuesen el pendon de la patria y el lábaro del cristianismo. Un Rey en aquellos momentos, más que un organizador político, hubo de ser necesariamente para los godos un soldado, un caudillo, un héroe que les sirviese de ejemplo y de guia en los combates.

Pero olvidemos esta leve impropiedad, apénas reparable en la hermosa obra de Quintana, noble explosion del amor patrio, y pongamos fin á este somero recuerdo del *Pelayo* reproduciendo aquellos magníficos versos con que termina Alfonso la exhortacion que dirije al héroe al proclamarle Rey:

« Plegue á Dios que la nueva monarquía
Que hoy por un punto tan estrecho empieza,
Abarque toda España, y que tu espada
Cetro del mundo con el tiempo sea. »

Pasemos ya al exámen de la poesía lírica de Quintana. En ella está cifrada su verdadera gloria; en ella estriban sus timbres incontestables de eterna fama.

El estado de las letras españolas era en verdad pobre y rastrero cuando, lleno de juventud y de ardimiento, se presentó en el campo literario D. Manuel José Quintana. El siglo XVIII habia sido para la poesía castellana una edad angustiosa de postracion y de marasmo. La vitalidad española adormecida y decadente desde el reinado de Cárlos II, no pudo levantarse completamente y sacudirse de su letargo en el brillante periodo de Cárlos III. Toda la luz, todo el movimiento vivificador emanaba entónces de la córte, y el benéfico influjo no fué ni bastante duradero, ni bastante nacional, ni bastante profundo para transformar la sociedad ó para hacer renacer en ella los instintos originales y nativos de su antigua grandeza. Por eso, al fenecer aquel glorioso reinado, murieron con él los destellos de provechosa reforma y las halagüeñas esperanzas de prosperidad permanente que habian hecho concebir los laudables esfuerzos de aquel bien intencionado y cuerdo Monarca. El mismo Quintana en sus cartas á Lord Holland manifiesta su opinion acerca de los

tiempos de su primera edad con estas severas palabras:

«Los ministros de Cárlos III no pasaron jamas de una ca-»pacidad mediana: las formas de su gobierno eran absolutas: »hubo abusos de poder y errores de administracion; y sin »embargo, el espíritu de órden y de consecuencia que tenia »aquel Monarca, y una cierta gravedad y seso que prepon-»deraba en sus consejos, iban subiendo el Estado á cierto »grado de prosperidad y de cultura. Murió Cárlos III. Los es-»pañoles, acostumbrados á ser gobernados con moderacion y »cordura, debieron escandalizarse considerando la temeridad »y la insolencia con que el nuevo gobierno empezó á usar de »su poder.

»Por despótica y absoluta que la autoridad suprema sea, »miéntras que en su ejercicio se conforma con el interes ge-»neral, es obedecida con gusto, y al mismo tiempo respe-»tada. Pero los veinte años del reinado de Cárlos IV no fue-»ron más que una série contínua de desaciertos en gobierno, »de desacatos contra la opinion y de usurpaciones contra la »justicia.»

Tales son, pues, y conviene tenerlas muy presentes, las impresiones y las ideas que bullian en la mente de Quintana acerca del estado político del país en los años de su juventud. Como quiera que sea, y sin avalorar ahora cual sea la exactitud de este juicio, y hasta qué punto hayan entrado en él las erradas doctrinas en que Quintana se habia imbuido en su educacion, el hecho es que la poesía genuina y elevada, la poesía digna de este nombre, no habia dado señales de vida en casi todo el siglo XVIII. Las tentativas de Luzan y de otros escritores secuaces de la escuela clásica francesa, fueron más meritorias que eficaces para vivificar la inspiracion perdida. La cultura francesa, que pugnaba por penetrar en España al amparo de los príncipes de la casa de Borbon, pudo ser móvil y fundamento de algunos progresos económicos y

administrativos; pudo ayudar al desarrollo de las ciencias y de las artes industriales; pudo tambien, introduciendo principios de buen gusto más ó ménos estrechos y convencionales, poner coto á los extravíos en que habian venido á caer las letras españolas; pero fué del todo impotente para restablecer las antiguas fuentes del estro castellano. Las innovaciones sistemáticas, los esfuerzos de la imitacion pueden ser barreras para que las letras no caigan en los abismos del mal gusto; pero no llevan consigo los vivos afectos del alma, la sublime admiracion que inspira el sello divino grabado en las obras de la naturaleza, el eco de los heroismos de la patria, el santo recuerdo de las creencias y de las impresiones de la infancia. Sin estas influencias, ¿dónde está la emocion poética? Ellas constituyen, por decirlo así, un alma nacional, que se infunde y vive dentro del alma del poeta: ellas solas pueden dar vida á las creaciones de inspiracion verdadera. La poesía, señores, es una planta delicada: no echa hondas raices, ni produce fragantes flores cuando vive exclusivamente con los artificios del cultivo, y se agosta y muere cuando la alimenta sávia extrangera.

Entre los poetas líricos que habia producido la especie de conmocion literaria del reinado de Cárlos III, Quintana admiraba y veneraba por demas á Melendez-Valdés. No sólo aventajaba éste á sus ojos á los demas poetas de su tiempo, sino que le creia dotado de un estro de la más elevada y pura naturaleza. No titubea en afirmar que Melendez «ha dejado »muestras de alta magnificencia en la oda sublime (son sus »propias palabras), y que sabe tomar alternativamente el »tono de Píndaro, de Horacio, de Thompson y de Pope.»

Bien veis, señores, que estas exageradas palabras están dictadas por la ternura del amigo y por el alucinamiento del discípulo. Quintana era tenaz en sus convicciones y en sus afectos; no sabia sentir á medias; y sus prevenciones favo-

rables ó adversas, se arraigaban en su alma con la fuerza de una pasion.

En el dia la crítica es más exigente, y la opinion pública ménos contentadiza. Melendez es ménos leido de lo que en realidad merece serlo: nadie con justicia puede negarle delicadeza, flexibilidad, gracia, fluidez, propiedad descriptiva; pero es preciso estar inspirado por la afectuosa parcialidad de Quintana para encontrar en sus versos emocion, entusiasmo, vuelos de fantasía, energía de expresion; una sola siquiera de aquellas dotes esenciales y características que llevan involuntariamente el pensamiento hácia las odas triunfales de Píndaro.

La verdad es, no obstante, que Melendez, sin la vehemencia de Cienfuegos, ni el brioso y natural desembarazo de D. Nicolas Fernandez de Moratin, era el mejor poeta de aquellos tiempos. Pero á pesar de la condescendiente admiracion que le profesaba Quintana, para éste no fué, ni pudo ser modelo de su grandilocuencia, guia de su atrevido rumbo poético, y mucho ménos despertador de su númen altivo y vigoroso.

Despues de haber adquirido con el estudio de los escritores de la antigüedad gusto severo y depurado y amor á la belleza de la forma, de que la literatura no prescinde jamas; con el contínuo manejo de autores clásicos españoles, diccion abundante y sonora, si bien no siempre igualmente limpia y acendrada; y audacia y novedad de pensamiento con los escritores de la escuela escéptica francesa, Quintana no recibió el impulso de sus arrebatadas inspiraciones, sino del fondo de su propia alma, donde ardian impulsos de temple subido y varonil.

La musa lírica española, despues de los antiguos romances en que los poetas populares describian y ensalzaban los combates y los triunfos de los próceres y de los reyes, rara

vez escogió por tema de sus cantos los grandes ecos de la gloria y del heroismo. El gusto público, sobradamente candoroso, ó comprimido en el carril de la imitacion, se contentaba las más veces con cantos pastoriles, con sutiles é ingeniosos conceptos, con alardes de discrecion, con primores y galas de lenguaje. Los arranques bíblicos de Herrera, los éxtasis puros y celestiales de Fray Luis de Leon, las meditaciones sencillas y sublimes de Rioja, las censuras frias pero aceradas de los Argensolas, son excepciones muy contadas en el caudal copioso de la poesía lírica castellana. Quintana, á pesar de las alabanzas de que colma á los poetas contemporáneos suyos, siente y deplora el vacío inmenso que habia en las inspiraciones líricas de su época. Así lo expresaba, casi á pesar suyo, si bien con amargura y claridad, en estos versos dirigidos en 1798 á D. Antonio Moreno:

«Y no siempre su honor la poesía
Fundó en el muelle acento y blando halago,
En los objetos frívolos que ahora
Por nuestra mengua sin cesar la emplean.»

La mente de Quintana, ardiente y ambiciosa, no cabia en cuadro tan mezquino. Rompió las redes que entorpecian su vuelo, y se lanzó á los espacios á donde irresistiblemente le llevaba su osado y firme aliento. Así exclama en la misma composicion dirigida á Moreno:

«¡Ay! los sagrados venerables dias
No son aún en que se torne al canto
Su generoso y sacrosanto empleo:
Pero ellos brillarán... yo, caro amigo,
Ya entónces no seré; nunca mi acento,
Hirviendo de entusiasmo, en grandes himnos

Se podrá dilatar, que grata escuche
Mi patria, y que en la pompa de sus fiestas
El eco lleve mi dichoso nombre
Y todo un pueblo con furor le aplauda.
¡Oh! tú, cualquiera que en mejores dias,
Por don del cielo, de mi patria seas
El solemne cantor! Yo te saludo,
¡Oh afortunado espíritu!»

En estos versos brilla, mal encubierto con el velo de la modestia, el reflejo de la alta y encendida ambicion del poeta. Tal vez al escribirlos, misteriosos vuelos de la fantasía, imperiosos instintos del corazon, estaban anunciando á Quintana que él seria ese solemne cantor de la patria, destinado á infundir en el alma de sus compatriotas la admiracion á las grandes acciones, el impulso de los esforzados sentimientos, el culto de las virtudes públicas.

La imágen de la libertad política, cebo natural de imaginaciones ardorosas y juveniles, perseguia á Quintana como un fantasma seductor. Una especie de apoteósis á *Juan de Padilla* fué el primer canto de su musa patriótica. Muy censuradas han sido en esta composicion las tendencias irreflexivas, la falta de sentido histórico y las exageraciones pomposas contra tiranías en no escasa parte imaginarias. Verdad es que cuando Quintana escribia su magnífico canto, ciego y desalumbrado con la pasion que le inspiraba, ponia más alto el nombre de Padilla que la augusta fama de Cárlos V, á quien no titubea en agregar:

«Al odioso tropel de hombres feroces,
Colosos para el mal................»

añadiendo despues:

«¡Y sus nombres aún viven! ¡y su frente
Pudo orlar impudente
La vil posteridad con lauros de oro!»

Ya veis cuán amargamente deplora que la fama haya llegado á iluminar con sus gloriosos resplandores la memoria de Cárlos V y de otros grandes hombres.

Intolerancia sería de parte de la crítica ensañarse contra estos extravíos poéticos de una imaginacion acalorada é inexperta. Trasportaos, señores, mentalmente á los últimos años del siglo XVIII: tened en cuenta la influencia dominadora de las nuevas ideas que á la sazon estremecian y trasformaban el mundo moral; el humillante cuadro que ofrecia entónces el gobierno de España; y los arrebatos, los delirios, las quimeras de un corazon de veinticinco años, ansioso de renovacion y de libertad, y comprendereis, y disculpareis, y acaso en voz baja aplaudireis bajo el aspecto puramente poético, el generoso espíritu que dictaba á Quintana la glorificacion de Padilla, triste recuerdo y emblema de contiendas civiles.

¿Y cómo no admirar las prendas literarias que resplandecen en el canto á Padilla? Desde los tiempos dorados de nuestra literatura, no habia sonado la lira castellana con majestad tan alta, con tan noble soltura, con entonacion tan robusta. Á la trivialidad de los asuntos, á la languidez de las formas, han sucedido animada elegancia, sentimientos de fuego, arrebatos de indignacion. Ved cómo habla á los castellanos la sombra de Padilla:

«Indignamente hollada
Gimió la dulce Italia, arder el Sena
En discordias se vió; la África esclava;
El batavo industrioso
Al hierro dado y devorante fuego.

¿De vuestro orgullo, en su insolencia ciego,
Quién salvarse logró? Ni al indio pudo
Guardar un ponto inmenso, borrascoso,
De sus sencillos lares
Inútil valladar: de horror cubierto,
Nuestro genio feroz hiende los mares,
Y es la inocente América un desierto.»

¡Cuán bellos versos! ¡Cuánta seduccion sabe dar el poeta á esa inconsiderada filantropía, que está á punto de tomar por iniquidades el sobrehumano descubrimiento de Colon, y las portentosas proezas de los civilizadores de América. Bien mirada, esa inocencia de América que Quintana no cesó de proclamar despues, y que consignó especialmente en aquel tan aplaudido verso:

«Vírgen del mundo, América inocente...»

no pasa de ser una ilusion obstinada de poeta, y un deslumbramiento de filósofo. América no era aquella fantástica isla de Pancaya, de que nos habla Diodoro, prodigiosa mansion de inocencia, de paz y de ventura. Las mejores razas americanas se hallaban poco distantes del estado salvaje, y no eran en verdad dechados de inocencia los caribes antropófagos con quienes tropezó muy luego el descubridor del Nuevo-Mundo.

Para calificar y comprender bien la naturaleza y alcance del mérito de Qintana, como poeta lírico, es necesario poner ante la vista las fuentes de la verdadera poesía, y determinar claramente de cuál de esos manantiales proceden, y por cuáles rumbos se encaminan sus líricas inspiraciones.

El amor, en su sentido abstracto y absoluto, es el fuego sagrado del alma, la fuerza creadora del arte, la fuente soberana y universal de toda poesía. Pero con el objeto á que

este amor se dirige, cambian su vuelo, su intensidad, su forma. Cuatro son los principales centros de atraccion para el alma: Dios, la mujer, la humanidad, la patria.

Buscando á Dios, se purifica y se levanta el ánimo en alas de la espiritualidad cristiana, se deleita en místicos arrobamientos, se engolfa en un mar de inefables y venturosas esperanzas; y si vuelve los ojos al mundo visible y material, recrea el poeta y encumbra su pensamiento, ya embebecido ó exaltado con la paz de los bosques, con el aroma y vistosos matices de las flores, con la inextinguible llama del sol, con el ímpetu de los torrentes, con el fragor de las tempestades; ya sondeando con ambiciosa mente los abismos del mar y los misterios del firmamento; ya cantando en fervorosos himnos las maravillas de la creacion, sus portentosas leyes, sus sublimes acentos y sus divinas armonías.

Adorando y ensalzando á la mujer, lleva el poeta la imaginacion al campo más puro, más bello y más halagador que presenta la vida humana. La mujer es en el mundo símbolo y cifra de todas las bellezas, de todas las ternuras, de todos los consuelos. Cuando el poeta rodea su celestial figura con las aureolas del pudor, de la paz y de la hermosura, la mujer es en la tierra un destello de la belleza eterna; lleva consigo la majestad de la virtud; hace soñar con los sueños de los ángeles; es, en una palabra, el único rayo de felicidad verdadera que ilumina en el mundo el corazon del hombre.

Cuando, rompiendo los lazos que naturalmente le ligan á las impresiones cercanas, cuando acallando por un momento los afectos individuales del hogar, de la ciudad, de la patria, abarca el poeta con los tesoros de su amor, y con las efusiones de su caridad á toda la familia humana, entónces engrandece su alma y la remonta á las más altas esferas á que puede llegar el hombre. ¡Noble y generosa tarea, atributo casi divino, sentir y cantar las hazañas de los héroes,

las grandezas del entendimiento, las glorias de las artes, los beneficios eminentes que prestan á la humanidad menesterosa la ciencia ó la voluntad, cuanto contribuye, en fin, al progreso, al alivio, al engrandecimiento comun del género humano!

La patria es asimismo grande y fecundo manantial de altas inspiraciones. Dios ata nuestra alma con eslabones de diamante al suelo donde exhalamos los primeros sollozos de la cuna, donde vimos por primera vez la luz del cielo, donde oimos los primeros acentos de ternura, donde palpitó por vez primera nuestro corazon. La patria no es sólo el terreno donde nacimos, el primer aire que respiramos, los objetos de la naturaleza que admiramos y amamos en los más tiernos años; es sobretodo el recuerdo de las primeras emociones de la admiracion ó del cariño, el canto que adormeció nuestra infancia, el arrimo del hogar paterno, el habla deliciosa que oimos en el regazo de nuestra madre, las creencias religiosas que se grabaron en nuestra alma, el orgulloso contento con que oimos referir las glorias de nuestros mayores.

Hermanado con el amor á la patria, arde en el corazon de los poetas el amor á la libertad. Sin libertad no hay poesía. Si no se siente animada por la dignidad y por la justicia, si no respira el aire libre del pensamiento, la musa de la patria se consume y se ahoga. Consultad la historia del entendimiento humano: allí donde veais naciones siervas y comprimidas, podreis encontrar artificios de ingenio, estrategia retórica, poesía de imágenes, literatura de imitacion; pero no busqueis grandes y espontáneos sentimientos, no busqueis entusiasmo, no busqueis la austera sencillez de forma con que en épocas de libertad se revestian las pasiones y las ideas que brotaban y hervian así en el foro de Roma como en el ágora de Aténas.

Reunir en igual grado todos los manantiales de la poesía,

todas las luces del entendimiento, todas las fuentes del amor, es milagroso privilegio que muy rara vez concede Dios á humanas criaturas. Quintana, y sea dicho sin mengua de su glória, llevaba, como casi todos los grandes poetas, el raudal de su inspiracion por el cauce genuino y privativo de su alma, más inclinada á los sentimientos enérgicos y varoniles, que á las meditaciones místicas y á las blandas emociones de la melancolía y de la ternura. El amor á Dios y el amor á la mujer mueven poco el corazon de Quintana. No es esto decir, en cuanto al primero de estos amores, que, como Schelley y Leopardi, hubiese lanzado su alma en el miserable vacío del ateismo. Un espíritu apasionado no puede dejar de abrigar el instinto y sentir la necesidad del amor divino; pero achaque fué de algunos hombres que allegaban una índole sobrado independiente y rígida á las doctrinas de la escuela escéptica, afectar el olvido de la Providencia, y eclipsar las dulces verdades de la Religion con el orgullo de la razon humana. Quintana habia templado reciamente sus ideas en el torbellino de errores y verdades desencadenado por el impulso de las revoluciones, que, semejante al torbellino del mundo físico, arrasa y trastorna más que despeja y purifica. No cautivaba con predileccion su ánimo la contemplacion de los delicados hechizos de la naturaleza; pero admiraba sus grandezas materiales; y quien así admira, siente infaliblemente en el fondo del alma la presencia de Dios. Pero ¡quién sabe! tal vez en los abismos del pensamiento del poeta se habia formado una imágen del Sér Supremo semejante al Dios panteístico de Spinosa, si Dios puede llamarse un Creador confundido con la creacion, sujeto á las leyes de la materia, y por consiguiente un Dios, sin personalidad, sin amor y sin voluntad, un Dios sin Providencia. Quintana era más bien hombre de sensacion y de sentimiento, que hombre de meditacion y de metafísicas abstracciones; y si estos ex-

travíos acogia en su alma, lo hacia sin duda por arrogancia de escuela y por afectacion de independencia. Pero el hecho es que las tendencias poéticas de Quintana pertenecen en gran parte á las influencias externas y materialistas de los poetas clásicos de la antigüedad, y nadie ignora que los sistemas materialistas, fatalistas y panteistas son formas diferentes de una misma doctrina, que la razon condena y la conciencia aborrece. El Dios verdadero, el Dios del cristianismo, que concede al hombre el albedrío, y le impone con él la responsabilidad de sus acciones, que tiene júbilos para la virtud, venganzas para el crímen, misericordias para el arrepentimiento, palmas para el sacrificio, no toma parte alguna en las acciones humanas que canta la lira de Quintana. Su musa, esencialmente pagana, indiferente á los designios de la Providencia, no ve nunca la mano de Dios, ni en las glorias, ni en las angustias, ni en los progresos de los hombres. Al cantar los triunfos de la patria, no advierte, ni admira, ni aclama sino impulsos terrestres. Recordad á Herrera, ajeno á los sistemas filosóficos, y movido únicamente por las inspiraciones de la fe: ¡qué diferencia! quiere entonar himnos al memorable triunfo de Lepanto, y su imaginacion vuela al Dios de los Ejércitos, y empieza á cantar las glorias de los hombres cantando las glorias del Señor.

Quintana se conmueve ante la imágen de lo bello y lo grande, y su alma se estremece al aspecto de la opresion y de la injusticia. No hay que analizar más: Dios, me complazco en repetirlo, estaba en el fondo de su corazon. Pero ¡cosa extraña! ¡singular poder de las preocupaciones! una sola vez, y como por acaso, suena en la poesía lírica de Quintana el nombre de Dios; y ni una vez siquiera levanta su musa á los sublimes ámbitos del mundo invisible; ni una vez responde su alma á las voces místicas del cielo con cánticos de adoracion, que están sin cesar resonando en la lira de los poetas cristianos.

El duro sacudimiento que, por las circunstancias especiales de su época, habia recibido Quintana en sus ideas, marchitó la flor delicada de la sensibilidad, que naturalmente se desarrolla en los primeros años del poeta. Los sueños del amor primero, el canto de un pájaro, el cáliz de una flor, la calma apacible de un remanso, bastan á casi todos los poetas para despertar el eco de esas deliciosas quimeras que constituyen el tesoro de nuestras ilusiones. Pero no busqueis en los versos de Quintana esta poesía suave y virginal: no busqueis tampoco esos delirios de un corazon que se consume en el fuego escondido de sus melancólicos sueños, como una gota de agua en el abrasado arenal de un desierto. Quintana define perfectamente las tendencias poéticas de su alma en estas palabras, que dirige á Cienfuegos en la dedicatoria de sus poesías.

«Tengan enbuenhora otros escritores la gloria de pintar »con más halago las gratas ilusiones de la edad primera; »haga enbuenhora su mano resonar con más gracia el laud »de Tibulo ó la lira de Anacreonte; pero no aquellos que »sientan en su corazon el santo amor de la virtud y la infle»xible aversion á la injusticia, los que se hallen inflamados »del entusiasmo puro y sublime hácia el bien y dignidad de »la especie humana.»

Como se ve, la musa de Quintana no es la ninfa vaporosa y ligera que acaricia y deleita: es la matrona grave é inexorable, que sólo sabe amar sus encumbrados ídolos: el heroismo, la ciencia, la patria, la justicia, la libertad. Pedidle ardientes sentimientos, gritos de indignacion, himnos de gloria; pero no le pidais dulces engaños ni ilusiones doradas.

Despues de esto se comprende fácilmente que el amor á la mujer no sea tampoco fuente de inspiracion para Quintana. Y no es decir que no admire á la mujer y que no sienta la magia de la hermosura. Quintana rinde tributo á todas las

formas de la belleza ¿cómo habia de ser insensible á ella en la forma más pura, más animada y más seductora que ofrece la creacion? Pero del amor espiritualista, individual, exclusivo, que encadena un alma á otra alma, que hace de una sola mujer la compañera de nuestra vida y el fin de nuestra terrestre ventura; de ese amor santo y místico se advierte apénas rastro en las obras poéticas de Quintana. En la expresion del amor, más que en la de otro cualquiera sentimiento, se acerca este escritor á los poetas de la antigüedad. En la poesía de las sociedades paganas, la mujer, esclava y mal apreciada, no era más que un objeto de admiracion y de deleite por sus cualidades externas, y no pocas veces un sér funesto que la fatalidad enviaba para trastornar la sociedad, manchar la gloria, y emponzoñar el alma de los héroes: en la poesía cristiana, la mujer es una figura noble y respetada, ya vision celestial que lleva nuestro espíritu á sobrenaturales esferas, ya ángel de bendicion y de consuelo, que infunde aliento y grandeza á nuestra alma, que ilumina nuestro hogar con su virtud y su alegría, que gime con nosotros en los momentos de adversidad, que cuenta por los latidos de su corazon los latidos del nuestro. Comparad, por ejemplo, la Briseida, la Elena, la Circe de Homero, la Medea y la Fedra de Eurípides, y la Electra de Sófocles, con la Beatriz del Dante, la Laura de Petrarca, la Herminia del Tasso, la Julieta de Shakspeare, la Margarita de Goethe, y vereis resaltar al punto la profunda transformacion que el cristianismo ha introducido en el carácter, en el destino y en la influencia moral de la mujer. Recordad á Priamo, en el canto tercero de la Iliada, cuando, fascinado al presentarse Elena, exclama de consuno con sus compañeros los ancianos caudillos de Troya: «¡Cómo llevar á mal que los troyanos y »los aquéos arrostren tantos males por tan peregrina hermo»sura, que tiene el porte y el semblante de una diosa inmor-

»tal!» Recordad tambien al Areopago de Aténas perdonando á la culpada Frine, cuando, al rasgarse sus vestiduras, descubre la gallarda esbelteza de sus formas. Claro es que en una sociedad idólatra y materialista que así se dejaba avasallar por las impresiones de los sentidos, la literatura habia de estar dominada por el *culto de la formu* y no por el *culto del espíritu*; habia de cifrar su principal hechizo en la majestad y en la lozanía de las imágenes y no en los fantásticos devaneos del pensamiento ni en los misteriosos movimientos del corazon.

Quintana en su admiracion á la mujer, quiere hermanar los sentimientos íntimos y los encantos exteriores. Pero su musa solemne y rígida no tenia acentos para los desvaríos místicos ó tiernos del amor. Algunas veces ha ensalzado en su lira los encantos de mujeres determinadas; pero nunca se traslucen en sus versos las intensas amarguras ó los ideales éxtasis de un corazon que ama de veras. Si admira conmovido á *Luisa Todi*, no la mujer, la mágia de la música arrebata su fantasía: si, con una riqueza de imágenes y una entonacion comparables á las de la poesía griega, canta á *Cintia* bailando, la gracia, la belleza exterior y el númen de las artes le inspiran: si entona delicados himnos de alabanza á la *Duquesa de Alba*, mueven su ánimo las virtudes de la beneficencia; y si llora la ausencia de *Célida* y la llama con este verso delicado:

«Ángel consolador, ¿dónde te has ido?»

la musa de Quintana sabe emplear las más halagadoras formas, y expresar la pasion aparente que se elabora y forja con la imaginacion, pero es harto analizadora y diserta para que no se columbre desde luego que aquel fuego de amor no está muy hondo ni abrasa mucho en el corazon, y que aquella ternura es la del amigo que consuela más bien que

la del amante que con su dolor se martiriza el alma.

En su magnífico canto *á la hermosura* es donde campean con más amplitud y desahogo las galas de la imaginacion de Quintana en los espacios del amor. Allí no hay objeto determinado: allí no está el alma aprisionada en la cárcel de otra alma. Es un himno de admiracion al sexo entero. El poeta no tiene á quien dirijir su corazon, y al pensar en el realce que dá la sensibilidad á la hermosura, su mente evoca la imágen de Eloisa, tradicion del amor sublime que se mantiene inalterable como un arca santa en los recónditos senos del alma. Este recuerdo de amor cristiano hace adivinar al poeta cuán celestial prestigio añade el sentimiento á los hechizos de la hermosura, y le inspira el bellísimo apóstrofe con que termina el canto:

« Así sus ayes lastimeros hienden
(Va hablando de Eloisa)
De siglo á siglo, y sus agudos ecos
En lástima y amor el pecho encienden.
Rosas y mirtos á su tumba, y llanto,
Llanto más bien; las lágrimas que vierto,
Al mismo tiempo que mi voz la nombra,
Son dulce ofrenda á su adorable sombra.
¿Tanto vale el sentir? ¿Á tanto alcanza
Su divino poder? Ojos hermosos,
Sabed que nunca pareceis más bellos,
Sabed que nunca sois más poderosos
Que cuando en vos se mira
El vivo afan que el sentimiento inspira.
Sin él ¿qué es la beldad? Flor inodora,
Estátua muda que la vista admira,
Y que insensible el corazon no adora.

Á pesar de este homenaje tributado al instinto del sentimiento, las emociones del corazon no toman nunca en Quintana el camino de la verdadera ternura. Siente activamente el imperio de la hermosura; pero la siente á la manera de los poetas gentiles, sin idealismo y sin melancolía. En su canto *á la hermosura*, su corazon no responde á otro corazon; no individualiza; ama al sexo entero; y, no es posible engañarse, quien amando no individualiza, no ama. Ademas, señores, en ese mismo canto hay visibles rastros de que en las expansiones poéticas del amor no se apartaba del pensamiento de Quintana la poesía de la antigüedad. ¿Quién no reconoce en aquellos sabidos versos

«Dichoso aquel que junto á tí suspira,
Que el dulce néctar de tu risa bebe, etc.

el recuerdo de la célebre oda de Safo conservada por Longino y traducida en parte por Catulo y Boileau? Este último empieza así su traduccion, en verdad sobrado aplaudida:

«Heureux qui près de toi, pour toi seule soupire;
Qui jouït du plaisir de t'entendre parler;
Qui te voit quelquefois doucement lui sourire, etc.

No cabe dejar de ver aquí el original de aquella imitacion. Pero en sus propias inspiraciones resalta espontáneamente, á veces, la tendencia materialista que prepondera en los cantos de Quintana dedicados á la mujer. En la composicion publicada en la *Corona fúnebre* formada con motivo de la muerte de la Sra. Doña María de la Piedad Roca de Togores, Duquesa de Frias, tenemos de ello un indicio harto claro. Todos los poetas que escribieron para la *Corona*, lamentaron con amargos acentos la pérdida de aquella esclarecida Seño-

ra, é hicieron notar el vacío que, por sus insignes prendas de corazon y de entendimiento, habia dejado en el ánimo de su esposo y de sus amigos. Quintana, arrastrado siempre por el culto de la exterior belleza, ni encuentra lágrimas para aquel infortunio, ni intenta mitigar la pena invocando los designios de la Providencia. Su fantasía le ofrece un singular medio de consuelo. La mujer pierde á sus ojos, al perder la hermosura, la esencia de su sér, y no juzga tan grave desventura que venga la muerte á preservar á la mujer hermosa de la triste decadencia de sus hechizos materiales. Ved con cuánta claridad expresa el poeta su admiracion materialista en esta lozana estrofa:

«Bella fué, bella aún es, la amasteis bella,
¿Quereis que venga la vejez odiosa,
Y en ella estampe su ominosa huella?
¡Muera más bien que envejecer la hermosa!»

No es este el amor de la poesía cristiana. Esta nos lleva irresistiblemente á la meditacion y á los afectos misteriosos del alma, y antepone á los encantos que se perciben con los sentidos aquellos que son visibles únicamente para los ojos del espíritu. No llegó en esta parte más allá que mi ilustre antecesor la civilizacion sensual de la Grecia, que divinizaba la materia y queria ver, por decirlo así, el sello de la forma artística en cuanto excitaba la admiracion.

El amor á la humanidad es uno de los más puros y nobles manantiales de la poesía de Quintana. Recorred sus obras: en todas ellas encontrareis vivo y palpitante ese sentimiento sublime, que es el camino por donde más se acerca la inspiracion de nuestro poeta á su orígen divino. ¿Cuál de vosotros no recuerda en este momento aquella magnífica oda á la expedicion española para propagar la vacuna en Améri-

ca? Al parecer ¡qué prosáico y embarazoso asunto para las manos delicadas y, por decirlo así, aristocráticas de la musa lírica! Y sin embargo, no cabe más elevacion de pensamiento, más calor de alma, más nobles atavíos de lenguaje que los que emplea el poeta para ensalzar la expedicion. ¿Quién no admira la ática delicadeza con que habla del antídoto de las viruelas?

«Las madres desde entónces
Sus hijos á su seno
Sin susto de perderlos estrecharon,
Y desde entónces la doncella hermosa
No temió que estragase este veneno
Su tez de nieve y su color de rosa.»

El entusiasmo lo ennoblece todo en las letras; y ¿cómo no habia de sentirle quien pone en boca de Balmis estas palabras tan sencillas como fervorosas?

«Yo volaré, que un númen me lo manda;
Yo volaré: del férvido Oceáno
Arrostraré la furia embravecida,
Y en medio de la América infestada
Sabré plantar el árbol de la vida.»

Á este linage de emocion moral pertenece asímismo, si bien mezclada con la emocion política, la admirable oda *á la invencion de la imprenta.* ¿Qué podria deciros, señores, en alabanza de este canto magnífico que no esté en la conciencia literaria de cuantos me escuchan? Vosotros sabeis que en casi todas las naciones civilizadas ha habido escritores que entonen himnos á la imprenta; pero ninguno, podemos decirlo sin que se nos tache de engreimiento nacional, ha sabi-

do hallar tonos tan altos, miras tan trascendentales y acentos tan grandilocuentes. Á la luz del progreso humano, la mente de Quintana se conmueve y se inflama, y aquí se juntan en su ánimo el amor á la gloria, el amor á la ciencia y el amor á la libertad.

Presentes están sin duda á vuestra memoria aquellas estrofas elegantes y numerosas en que nos pinta cómo, sin la imprenta, se devoraban los siglos á los siglos, hasta que por medio de ella el pensamiento

Tendió las alas, y arribó á la altura
De do escuchar la edad que ántes viviera
Y hablar ya pudo con la edad futura.

¡Cuánto se anima su elocuencia al contemplar las conquistas del entendimiento humano, que abraza en su vuelo la creacion entera! Permitidme, señores, que ceda á la tentacion de recordar aquellos versos tan sonoros, tan rápidos y tan concentrados:

«Levántase Copérnico hasta el cielo
Que un velo impenetrable ántes cubria,
Y allí contempla el eternal reposo
Del astro luminoso
Que da á torrentes su esplendor al dia.
Siente bajo su planta Galileo
Nuestro globo rodar; la Italia ciega
Le da por premio un calabozo impío,
Y el globo en tanto sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío.
Y navegan con él impetuosos,
Á modo de relámpagos huyendo,
Los astros rutilantes; mas lanzado

Veloz el génio de Newton tras ellos,
Los sigue, los alcanza,
Y á regular se atreve
El grande impulso que sus orbes mueve.»

¡Lástima, en verdad, que deslustren este eminente canto algunos pensamientos inspirados por el frenesí que despertaron las doctrinas escépticas en imaginaciones temerarias! ¡Cuántas veces los hombres de sano corazon y de sosegados instintos han deplorado aquellas enconadas palabras!:

«¿Qué es del mónstruo, decid, inmundo y feo
Que abortó el Dios del mal, y que insolente
Sobre el despedazado Capitolio
Á devorar el mundo impunemente
Osó fundar su abominable solio?
Dura, sí; mas su inmenso poderío
Desplomándose va; pero su ruina
Mostrará largamente sus estragos.»

¡*Mónstruo inmundo y feo* la veneranda Iglesia católica! Señores, casi no es posible indignarse contra este sacrílego desvarío. Su acerbo tono, su agresiva violencia os están diciendo que el fanatismo político anublaba en aquellos tiempos la razon de Quintana. La época en que fermentaban sus primeras pasiones políticas, era una de aquellas en que las civilizaciones reciben rudos sacudimientos, que desnaturalizan los principios y trastornan las ideas y los sentimientos morales. En la obcecacion de aquel vértigo terrible y pasajero, no herian los ojos del fogoso poeta los resplandores de paz, de amor, de caridad y de civilizacion que ha difundido el solio divino de San Pedro; no advertia que en él estriban, como en su natural asiento, los altos principios de la *unidad* y de la

autoridad, que nunca han parecido más grandes que cuando el libre exámen, que no está en divorcio con ellos, ha venido á demostrar que son basa en que descansa el órden moral, y fuente de la fe, consuelo y vida del corazon. Pero olvidemos, en gracia de las inspiraciones del poeta sublime, los arrebatos del filósofo extraviado; y con tanto mejor voluntad, cuanto que la filosofía de Quintana *crímen fué de su tiempo*, y no suyo. El Padre Velez, autor de una obra en que la recta intencion supera muy visiblemente al desempeño literario, demuestra que las citadas palabras son reflejo fiel de otras palabras del Rey Federico II. Esos alardes de incredulidad desenfadada, esos declamatorios vaticinios, esos desmandados ataques á la majestad de la Religion, son achaque inevitable y casi universal de las grandes turbaciones sociales que enflaquecen y quebrantan los principios fundamentales en que descansa la conciencia humana. Pero estas crísis pasan al cabo como las tormentas de los mares: los santos instintos que Dios depositó en nuestra alma, prevalecen sobre las discordias y deleznables creencias que en su seno atesoran las revoluciones, y tarde ó temprano triunfa del entusiasmo del error el entusiasmo de la verdad.

Preocupaciones y arrebatos de índole semejante extraviaron igualmente á Quintana en su poética fantasía titulada *El Panteon del Escorial*. Su noble horror al despotismo, exagerado y desquiciado con sus fantasmas de opresion, le lleva á desatender las condiciones y las influencias históricas, á olvidar los móviles morales de los tiempos pasados, y hasta á calumniar los caractéres. Su apasionada musa convierte á Felipe II en un vulgar tirano, y á Cárlos V en un conquistador arrepentido. Aquel pierde su elevacion sombría: éste su majestad y su grandeza. Felipe II, sobretodo, es el blanco de las iras poéticas de Quintana. Schiller y Alfieri no amenguan tanto su figura imponente y grave. El Felipe II de Quintana

no es el Monarca adusto, rígido y tenaz, pero prudente, diestro, altivo y eminentemente español, que nos presenta la verdad histórica; es el Felipe II zaherido y calumniado, que con testimonios de orígen luterano crearon los enciclopedistas franceses. La memoria de aquel gran Monarca (el mismo Quintana lo dice)

«De ódio á un tiempo y horror *le* estremecia.»

El ódio no es nunca inspirador de la justicia, y Quintana, eco de falsas y novelescas tradiciones, pugna por amontonar sobre el nombre de Felipe II tesoros de vilipendio y de indignacion, presentándole como asesino de su hijo el Príncipe Don Cárlos. Pero, señores, la poesía inspirada por la pasion, calumnia á pesar suyo, como, por la misma causa, suele tambien calumniar la historia. Todos cuantos han consultado las fuentes históricas de aquel tiempo, conocen la índole aviesa y desmandada del Príncipe Don Cárlos, sus instintos rebeldes, sus raptos de demencia, sus conatos de hostilidad contra su padre, el absurdo físico y moral de la dramática ficcion de sus amores con la Reina Isabel de Valois, y por último, las causas naturales y las circunstancias de su muerte. Felipe II, no asesinando á Don Cárlos con el dogal que éste le enseña en la vision del Escorial, sino llorando y bendiciendo ante el lecho de muerte del hijo que tan activamente habia contribuido á emponzoñar su vida, eso es lo que la historia nos presenta con un carácter de autenticidad incontestable. De todos modos, el Príncipe Don Cárlos, llamando ***hipócrita***, ***supersticioso*** y ***fanático*** á su padre en un diálogo lleno de rencorosas acriminaciones, es un cuadro repugnante al buen gusto y al sentido moral, que no alcanzan á hacer simpático todo el encanto y toda la fuerza poética de la imaginacion de Quintana.

Felipe II cometió graves yerros, y careció de algunas prendas; nadie lo pone en duda; pero ¿deja de ser por eso una de las figuras más grandes, más imponentes y más gloriosas que ofrece nuestra historia? Tener á raya á Francia con la actitud de las armas españolas en Italia, y con las victorias de San Quintin y de Gravelinas; adquirir en ella preponderante influjo en favor del principio católico; poner freno en Lepanto á la prepotencia otomana; imponer á Inglaterra; evitar el rompimiento de los bandos de Alemania; sustentar con su influjo las deliberaciones y doctrinas del Concilio de Trento; conservar su autoridad y su dominacion en Italia, combinando hábilmente en sus relaciones con la Santa Sede la sumision del católico y la entereza del Monarca; mantener intacta en España la unidad católica, cuando cundia por todas partes el contagio invasor de la herejía luterana; levantar el portentoso monumento del Escorial; conquistar á Portugal; inquietar, en fin, y dirigir al mundo desde el retiro de su palacio; timbres son de gloria verdadera, que no pueden oscurecer las trascendentales faltas de Felipe. Pero muchas de estas faltas, que suelen atribuirse exclusivamente á su condicion altanera é intolerante, en no escasa parte pertenecen al estado de las costumbres y de las ideas de la época, una de aquellas en que con mayor violencia se han desencadenado en el mundo de las ideas los impulsos de lucha y de sacudimiento moral. La dureza y la intolerancia estaban, no sólo en el ánimo de los reyes, sino en las costumbres de los pueblos. Recordad la Inglaterra del cruel y sanguinario Enrique VIII y de la soberbia y voluntariosa Isabel: recordad tambien la Francia de la Saint-Barthelemy. Felipe II se juzgaba destinado por la Providencia á fortalecer la potestad Real, y á ser el antemural en donde se estrellasen los intentos de los heresiarcas. Su condicion dura é inflexible y su carácter desconfiado, y no pocas veces sesgo y artero, le inducian á exa-

gerar sus deberes, y á mirar con recelo, y hasta con aversion, cuanto se inclinaba á coartar en lo más mínimo su autoridad desmesurada, á vivificar las antiguas leyes fundamentales, y á estorbar la accion inexorable de su celo religioso. Pero, forzoso es confesarlo, el espíritu de su siglo y de su país ayudaban grandemente las geniales tendencias de su ánimo. La Nacion Española, apegada á su Rey, ambiciosa, como él, de gloria y de influencia, y, como él, alarmada al ver penetrar en el reino el veneno de la heréjía, fué, no lo dudeis, cómplice de su intolerancia y partícipe de su grandeza. No mueven los reyes á los pueblos á altas y costosas empresas, cuando no los liga un lazo nacional robusto y poderoso. Quitad á los españoles del siglo XVI la fuerza del principio católico y la ferviente lealtad á sus monarcas: suprimid la fórmula social de aquel tiempo *Dios y el Rey*, y suprimireis el impulso moral que daba tan perseverante y generoso aliento á los tercios españoles, y no comprendereis ni la batalla de Lepanto, ni la *Invencible Armada*, ni las guerras de Flandes, ni esa misma fiereza con que España defendia la santa unidad de su Iglesia.

Quintana, señores, sea dicho sin lastimar su renombre de poeta, no vió á la luz de la verdadera filosofía aquella severa figura, digna de ser juzgada con más intenso estudio y con mayor imparcialidad. Así pinta á Felipe II el apasionado poeta:

«La sospecha alevosa, el negro encono,
De aquella frente pálida y odiosa
Hicieron siempre abominable trono.
La aleve hipocresía,
En sed de sangre y de dominio ardiendo,
En sus ojos de víbora lucia;
El rostro enjuto y míseras facciones

De su carácter vil eran señales,
Y blanca y pobre barba las cubria
Cual yerba ponzoñosa entre arenales.»

¡Cuánta ira, cuánta injusticia respiran estos versos! pero al mismo tiempo, ¡cuánta poesía! El retrato de Felipe II no es imparcial; no es verdadero; es un mónstruo moral; pero literariamente es bello, como es bello el Satanas de Milton.

Consentid, señores, que como contraste de esta emocion, os recuerde el juicio que forma de Felipe II otro poeta contemporáneo de Quintana, que, dotado de mayor discernimiento histórico, ó preservado de las pasiones políticas de épocas turbulentas por el sosiego de su índole, ó por la templanza de sus principios, estuvo constantemente al abrigo del filosofismo frances del siglo último, que no abria nuevos horizontes á la razon, sino para cerrarlos y oscurecerlos en seguida con las nubes del sofisma y del ódio. Todos teneis en la memoria aquellos magníficos versos del duque de Frias, que son un modelo acabado de elegancia, de convencimiento y de concision:

«Fué del prudente Rey el poderío
De moros y de herejes escarmiento,
Firme rival del Támesis umbrio,
Duro azote del Sena turbulento,
Gloria del Trono, de la Iglesia brio,
Temido en Flándes, respetado en Trento,
Y, desde el mar de Luso á la Junquera,
Hubo un cetro, un altar y una bandera.»

¡Cuán otro que en la fantasía de Quintana se presenta aquí el sombrío Monarca del Escorial! El duque de Frias, si bien poseido de acrisolados sentimientos monárquicos, no se

ofuscaba hasta el punto de creer dotado á Felipe II de una perfeccion sobrehumana; pero imparcial y justo, respeta la elevacion de su alma, y comprende los móviles de las miras y acciones de aquel gran Monarca, modesto en los triunfos y magnánimo en los reveses.

¿Y quién podria reconocer en el *Panteon del Escorial* á Cárlos V, á aquella augusta sombra que Quintana evoca para hacerle declarar, á guisa de humilde palidonia, que *él comenzó los desastres de España*, y para que eche á su hijo Felipe una reprension democrática? Su ojeriza contra los reyes de la estirpe austriaca, ciega al poeta á tal punto, que casi se avergüenza del Escorial; y por cierto que lo hace en versos hermosos y rotundos:

«Artes brillantes, exclamé con ira,
¡Será que siempre esclavas
Os vendais al poder y á la mentira!
¿Qué vale ¡oh Escorial! que al mundo asombres
Con la pompa y beldad que en tí se encierra,
Si al fin eres padron sobre la tierra
De la infamia del arte y de los hombres?»

¡Infamia el arte que se emplea en realzar el esplendor del Trono y la majestad de la Religion! Esto no necesita comentarios. Quintana era mozo todavía cuando escribió su magnífica fantasía del Escorial; más adelante, aleccionado por la reflexion y la experiencia, y aquietada con los años su alma arrebatada, habrá comprendido sin duda que en la Europa moderna no han tenido las artes fuentes más fecundas ni más nobles que la proteccion de los príncipes y las inspiraciones de la fe.

La figura verdaderamente delicada y poética de esta notable composicion, uno de los primeros fundamentos de la

fama del ilustre poeta, es la de la reina Isabel de la Paz, si bien ha contribuido á popularizar las calumnias difundidas contra Felipe II. La poesía, con su seduccion poderosa, triunfa aqui del disgusto que causan siempre la inexactitud y la injusticia. Nadie ignora que puso lamentable término á la vida de aquella simpática y virtuosa princesa un aborto, lance ménos novelesco y dramático que el de la copa envenenada que Quintana coloca en sus manos; pero ¿quién, al leer tan hermosos versos, no siente involuntariamente resonar en el fondo del alma aquella patética exclamacion

«¡Ay infeliz de la que nace hermosa!»

que ha llegado á tomar el carácter y la popularidad de un proverbio?

Ya he tenido ocasion de advertir que la musa de Quintana, briosa, arrogante y severa, es poco adecuada para la expresion de los sentimientos del amor. Y, sin embargo, el monólogo de *Ariadna*, no sólo expresa con efusion los martirios de la pasion menospreciada, sino que atina con la sensibilidad delicada y verdadera de un corazon tierno y lacerado. Pero esto en Quintana es una excepcion y nada más, una tregua inésperada al ardor patriótico que abrasaba su alma. En medio de alguna reminiscencia de la forma de la poesía francesa, reminiscencia involuntaria que le impide echar de ver la impropiedad suma que hay en llamar *amable impostor* al bronco y cruel Teseo, el poeta encuentra el lenguage y los arranques del verdadero amor.

«Le ví, le amé: mi corazon, mi vida,
Toda yo suya fuí». . . . .
. . . .

Más adelante continúa Ariadna:

«Yo triste, envuelta en la inocencia mia,
Al delirio de amor me abandonaba.
Tú sabes cual mi seno palpitaba,
Tu viste cual mi sangre se encendia,
Y cómo de su boca engañadora
Deleite, amor y perdicion bebia.»

Aquí están el vuelo, el calor y la sencillez del alma conmovida. Y lo más singular es que Quintana, tan propenso á seguir los rumbos y las tendencias de la musa antigua, se aparta aquí completamente de ella. Comparad con el monólogo de Quintana las acerbas quejas que pone Catulo en boca de Ariadna al describir los ostentosos paños del lecho nupcial de Tétis. La Ariadna de Catulo, sola, desamparada en una isla desierta, vilmente abandonada miéntras dormia, sin medio ni esperanza de salvacion,

«*Indomitos in corde gerens Ariadna furores.*»

habla de un modo más conforme á la leyenda griega. La ira acalla en su pecho los sentimientos del amor, y sus palabras, llenas de sublime verdad, son duras imprecaciones y acentos de venganza. Tomás Corneille, que desnaturaliza completamente las costumbres griegas y la tradicion mitológica, presenta tambien á Ariadna exasperada y vengativa. Quintana, arrastrado esta vez por la idea del amor cristiano, que ya en la antigüedad asomaba intuitivamente en la Medea de Apolonio de Rodas y en la Dido de Virgilio, pinta el amor de Ariadna con tal carácter de perdon y de abnegacion, que casi desaparece el horror mismo de la desesperacion bajo el velo de su amoroso frenesí. Cercana ya al último instante de

la vida, avasalla absolutamente su alma la imágen de Teseo, y cruza de súbito su mente la fugaz y engañosa ilusion de que aún podria tal vez compadecerla el pérfido amante si llegase á ver la horrible agonía del angustioso trance en que se halla. Así exclama Ariadna:

. . . . . . «¡Ah! ¡si el ingrato
Presente ahora á mi dolor se hallára,
Quizá al verme llorar tambien lloràra.»

rasgo de sensibilidad delicadísima, que pinta con más fuerza y verdad que pudieran hacerlo nutridas descripciones el amor y el martirio de la infeliz Ariadna.

Despues del análisis crítico que, sin menoscabo alguno de la admiracion que merece, he juzgado indispensable hacer de algunas de las tendenclas morales del poeta, poco os diré de las poesías que se refieren á la patria, á la gloria y á la libertad. Aquí está Quintana en su esfera propia y nativa: aquí explaya libremente los tesoros de su elocuencia y el fuego de su fantasía: aquí se presenta clara y resplandeciente la individualidad del autor, sin la cual no son las artes más que pálidos reflejos de las inspiraciones agenas. *Guzman el Bueno* y el *Combate de Trafalgar* despiertan en la imaginacion del poeta la espléndida imágen del heroismo de los españoles, y su alma se templa y se levanta al nivel de las grandes acciones que describe. No os cito aquí los destellos sublimes sembrados profusamente en aquellos magníficos cantos, porque están en la memoria de todos.

¿Y sus odas *Al armamento de las provincias españolas contra los franceses*, y *Á España, despues de la revolucion de Marzo*? En ellas sube la inspiracion á las regiones más altas y más encendidas del entusiasmo patrio, y basta recordar el torrente de indignacion que en 1808 desencadenaron en todos

los ámbitos de España la invasion francesa, sorda y pérfidamente ejecutada, y los falaces tratos de Bayona, para concebir el mágico efecto que produjeron en la nacion, estremecida de sorpresa y de ira, aquellas fulminantes palabras:

«Llega España, tu vez: al cautiverio
Con nefario artificio
Tus Príncipes arrastra.....
. . . .
Sus soldados,
Obedeciendo en torpe vasallaje
Al planeta de muerte que los guia,
Trocaron en horror el hospedaje
Y la amistad en servidumbre impía.
¿Adónde pues huyeron,
Pregunta el orbe estremecido, adónde
La santa paz, la noble confianza,
La no violada fe? Vanas deidades
Que sólo ya los débiles imploran.
Europa sabe, de escarmiento llena,
Que la fuerza es la ley, el Dios que adoran
Esos atroces vándalos del Sena.
. . . .
Alto y feroz rugido
La sed de guerra y la sangrienta saña
Anuncia del leon.....
. . . .
Solo la sierpe vil, la sierpe ingrata,
Al descuidado seno que la abriga
Callada llega y ponzoñosa mata.»

El cuadro de la antigua grandeza nacional con que empieza la oda *Á España despues de la revolucion de Marzo,* amar-

go contraste del esplendor pasado y de la decadencia presente, es uno de los periodos más elocuentes que se han escrito en verso castellano. Todos le teneis en la memoria, y sin embargo, cierto estoy de que me perdonareis que os recuerde esta noble poesía, música de la patria, que tan dulcemente suena siempre en oidos españoles:

« ¿Qué era, decidme, la nacion que un dia
Reina del mundo proclamó el destino,
La que á todas las zonas extendia
Su cetro de oro y su blason divino?
Volábase á Occidente,
Y el vasto mar Atlántico sembrado
Se hallaba de su gloria y su fortuna.
Do quiera España: en el preciado seno
De América, en el Ásia, en los confines
Del África, allí España. El soberano
Vuelo de la atrevida fantasía
Para abarcarla se cansaba en vano;
La tierra sus mineros le rendia,
Sus perlas y coral el Oceano;
Y donde quier que revolver sus olas
Él intentase, á quebrantar su furia
Siempre encontraba costas españolas.
. . . .
Ora en el cieno del oprobio hundida,
Abandonada á la insolencia agena,
Como esclava en mercado, ya aguardaba
La ruda argolla y la servil cadena.

Así vibraban en el corazon de Quintana las cuerdas de su impetuoso patriotismo al ver ruinoso y desdorado el magnífico edificio del poder y de la gloria de la nacion. Ved ahora

con qué varonil entusiasmo, con qué estóica entereza exaltaba, concitando á la guerra, la fiera independencia de los españoles:

« ¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,
Único asilo y sacrosanto escudo
Al ímpetu sañudo
Del fiero Atila que á Occidente oprime!
¡Guerra, guerra, españoles! En el Bétis
Ved del Tercer Fernando alzarse airada
La augusta sombra; su divina frente
Mostrar Gonzalo en la imperial Granada;
Blandir el Cid su centellante espada,
Y allá sobre los altos Pirineos,
Del hijo de Jimena
Animarse los miembros giganteos.
. . . .
¡Pues qué! ¿Con faz serena
Viérais los campos devastar opimos,
Eterno objeto de ambicion ajena,
Herencia inmensa que afanando os dimos?
Despertad, raza de héroes: el momento
Llegó ya de arrojarse á la victoria,
Que vuestro nombre eclipse nuestro nombre,
Que vuestra gloria humille nuestra gloria.
. . . .
Sí, yo lo juro, venerables sombras;
Yo lo juro tambien, y en este instante
Ya me siento mayor. Dadme una lanza,
Ceñidme el casco fiero y refulgente;
Volemos al combate, á la venganza;
Y el que niegue su pecho á la esperanza,
Hunda en el polvo la cobarde frente.

Tal vez el gran torrente
De la devastacion en su carrera
Me llevará. ¿Qué importa? ¿Por ventura
No se muere una vez?.......... »

¡Qué generoso ardimiento! ¡qué inspiracion de fuego! Para encontrar acentos tan altos y vigorosos, tenemos que acudir á la musa libre y denodada de la Grecia. Tirteo, templado por el espíritu espartano, no pintaba con mayor vehemencia la gloria de morir por la patria en las sangrientas guerras de Mesénia: no cantaba Simónides con estro más arrebatado el sublime desastre de las Termópilas y las hazañas de Maraton, de Salamina y de Artemisio: no ensalzaba Píndaro con más independencia ni con más entusiasmo á los héroes de Olimpia, de Nemea y de Corinto. La musa lírica latina no nos ofrece nada que en elevacion, en majestad y en brio pueda compararse con las fogosas inspiraciones de Quintana. Horacio es sin duda más correcto, más conciso, más puro, y, por decirlo así, más atildado. Pero, no lo dudeis, no tiene ni su fuego, ni su espontaneidad, ni su fuerza. Horacio reflejaba la sociedad epicúrea en que vivia; seguia en sus versos la filosofía superficial y condescendiente que cuadraba á su vida alegre y regalada, y cantaba la fortaleza estóica (*Justum ac tenacem*) al son de los halagos de Mecénas, como Ciceron escribia su paradoja sobre la economía en una mesa que le habia costado doscientosmil sestercios.

Todo esto dista mucho de la musa austera de Quintana, que si no tiene para volar al cielo las alas de Klopstock ó de Lamartine, ni hace brotar del alma delicadas flores de ternura al influjo de una mirada, de una lágrima ó de un suspiro, tiene afrentas para los sentimientos viles, anatemas para la opresion, palmas para las acciones nobles ó heróicas, coronas de gloria para las virtudes de la patria. Á este entusiasmo por

la belleza moral, que hace subir el pensamiento á Dios, centro de donde viene y á donde va toda belleza, allega Quintana el culto de la forma hasta el punto de competir con los modelos más nobles de la poesía del gentilismo. Para convencerse de ello basta leer su canto á *La danza*, tan lleno de imágenes, de lozanas galas, de elegantes giros, de amor á la hermosura plástica. No os hablo de su admirable canto *Al mar*, alianza feliz de la musa antigua y de la musa moderna: en él ha hecho Quintana lo que debe hacer todo poeta que aspire á unir la pompa, la animacion y los colores del mundo de la materia, con las abstracciones, los éxtasis y los sentimientos del mundo del espíritu: hermanar el cielo con la tierra; modelar con manos cristianas el mármol de la antigüedad.

Deliberadamente me he abstenido de hablaros de las circunstancias y vicisitudes de la vida del ilustre académico.

Este escrutinio póstumo de las impresiones del poeta para buscar en ellas la razon y la medida de los vuelos de su imaginacion, es generalmente una tarea temeraria y estéril, y no pocas veces una profanacion. El poeta no llega verdaderamente á la creacion sublime sino cuando levanta el pensamiento á una esfera más alta que la vida real, y cuando, para abarcar los sentimientos y las ideas de la humanidad entera, sale del círculo, siempre estrecho, de su propia existencia. Ademas, para seguir los vaivenes y los móviles de la vida de Quintana, sería forzoso entrar en el confuso laberinto de nuestras pasiones, de nuestras creencias y de nuestras preocupaciones contemporáneas. No lo consiente la majestad de este santuario de las letras, y ¿quién podria presumir de iluminar con luz de absoluta imparcialidad y de estricta justicia los enigmas del corazon y de la mente de un poeta, sus ilusiones, sus combates, sus delirios, su desesperacion, su silencio?

Quintana dejó escritas sus memorias. Allí veremos tal vez la crónica de su alma y la relacion de sus persecuciones y de sus triunfos: entre aquellas, la época en que cruelmente encarcelados Quintana y nuestro ilustre Presidente el Sr. Don Francisco Martinez de la Rosa en dos calabozos contiguos, angostos é infectos, horadaban clandestinamente ambos poetas el muro medianero que los separaba, para comunicarse sus esperanzas y sus penas: entre estos, la coronacion del venerable anciano como poeta en 1855; remedo de la coronacion del Petrarca en el Capitolio, que por la diferencia de tiempos y costumbres fué considerada por la nacion, que ya habia tributado al poeta la corona de su admiracion, como una especie de anacronismo.

Nosotros no hemos llegado á ser todavía la posteridad para Quintana. ¿No es de temer que al juzgar su vida, nos puedan cegar las sugestiones del orgullo, una de las mayores dolencias morales de la edad presente? Bástenos decir que subió, sobre el pedestal de las letras y con aplauso de todos los partidos, á los más encumbrados honores de la sociedad en que vivia. Poco importan los pormenores biográficos cuando se trata de tan eminente poeta. En sus versos es donde están su vida, su alma, su verdadera historia.

¿Y de qué serviria, para aquilatar el alcance de su inspiracion, escudriñar los movimientos de su alma y descubrir tal vez en su vida ó en su carácter alguna exageracion ó algun extravío? Las exageraciones y los extravíos son fruto de índoles apasionadas, y no podemos olvidar que la pasion es casi siempre madre de la poesía. Si hallais un hombre sin defectos humanos, perfectamente igual y sereno, inaccesible para las emociones de la flaqueza ó de la ira, ese hombre podrá ser santo, pero de seguro no es poeta.

Quintana, si no sabe sostener siempre la unidad limpia y y tersa del lenguaje, es, por su temple, su elevacion y su

nobleza, digno alumno y rival de la musa antigua. No ha producido con sus obras ese rumor fugitivo que tomamos por gloria, y que á veces no es más que el eco de nuestras pasiones y de nuestros entusiasmos de un momento. Ha grabado su alma en su poesía, y ha dejado estampada en ella el sello de la inmortalidad. Su nombre vivirá miéntras viva el habla castellana, miéntras alienten corazones españoles que sepan palpitar al recuerdo de la gloria y de la grandeza de la patria.

DISCURSO

en contestacion al anterior

POR EL

EXCMO. SR. D. ANTONIO ALCALÁ GALIANO,

ACADÉMICO DE NÚMERO.

Señores:

Desde sus dias primeros, esta Real Academia tuvo por costumbre llamar á su seno, á la par con literatos que lo eran de profesion, y señalados ya como escritores, á personages ó de la más ilustre cuna, ó distinguidos por sus servicios y categoría adquirida en las diversas carreras por donde se concurre al buen gobierno y asimismo al lustre del Estado. Imitaba este cuerpo, al componerse así de miembros de diferente especie, á la Academia francesa, de la cual era en cierta manera un renuevo plantado en nuestro suelo por el primer Rey de España de la antigua y excelsa estirpe de los Borbones. De tal costumbre casi puede decirse que se ha olvidado la Academia; porque vivimos en dias en que pretendemos darlo todo al mérito personal, menospreciando cualquier otro linage de consideraciones, de forma que el valor literario es el único título que abre estas puertas y da asiento en estos escaños. Pero quiere la fortuna que haya casos en que es posible atender á un mismo tiempo á méritos de distinta clase, adquiriendo la

Academia en la eleccion de un nuevo académico varios géneros de lustre, para aumentos del que ya posee, debido á la alta calidad, que en sí tienen, y á ella toda comunican, muchos esclarecidos ingénios, y hombres de vasta y profunda instruccion y de las más elevadas categorías sociales que hoy la componen, con una sola excepcion, y es la de la humilde persona que en este momento está ocupando la atencion del respetable auditorio aquí congregado. De estos casos ha habido, y no pocos; de lo cual dá testimonio la lista de ilustres próceres y altos empleados, que siendo juntamente aventajadísimos escritores, han honrado estos asientos. Y uno de estos casos ocurre ahora cuando recibimos en nuestro gremio á un empleado de alta esfera, distinguido por sus merecimientos y acierto en la práctica de los negocios; que con estas circunstancias hermana la de tener conocimientos literarios nada vulgares, juicio crítico claro y agudo, y talento de escritor probado, si no en largas obras, por desgracia de nuestra España harto escasas entre nosotros, en varios breves trabajos donde á las dotes de un buen estilo va agregada una diccion correcta, y, en cuanto cabe en los dias presentes, asímismo castiza. Por esto no duda la Academia de que el voto unánime que ha hecho al Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto nuevo miembro de este antiguo cuerpo, recibirá de la aprobacion pública una ratificacion no necesaria, pero al cabo lisongera. Y debe confirmarla en su opinion el elocuente, erudito y bien razonado discurso que acaba de oir, tan completo y satisfactorio que nada deja que decir á aquel sobre cuyos flacos hombros pesa en este momento la obligacion de contestarle.

En ocasiones como la presente es lo comun pronunciarse discursos sobre alguna cuestion de nuestra historia literaria, antigua ó moderna, siendo la mencion del Académico cuya muerte ha dejado vacante el puesto que entra á ocupar el

nuevamente electo una parte no más, y parte como episódica, en el todo de la composicion del que es admitido y del que le responde. Hay, sin embargo, otras, bien que raras veces, en que el sucesor toma el juicio del carácter literario de aquel á quien sucede por tema principal de su trabajo. Eso aconteció en el dia en que fué de nuevo ocupado el asiento dejado vacío por la temprana muerte del insigne Donoso Cortés, á quien confio, nadie extrañará que nombre con el apellido á que dió tanto esplendor y no por su bien merecido título de marqués de Valdegamas. Y lo mismo sucede, y es natural que suceda en este dia, cuando el Académico que es recibido entra al lugar ántes ocupado por D. Manuel José Quintana; personage por tantos diversos títulos famoso é importante, cuyo valor altísimo componian y realzaban calidades de muy varia naturaleza, y acaso más todavía que sus prendas de escritor en prosa y verso, y de atinado crítico, circunstancias particulares que habian venido á hacerle como cabeza de secta, y (para valernos de una expresion comun) patriarca tanto de la literatura española contemporánea cuanto de una parcialidad política cuya causa ha triunfado y sigue triunfante en nuestro suelo, aun cuando no sea enteramente completo su triunfo. En verdad, Quintana, aunque no desempeñase destinos de los superiores del Estado, y aunque en su larga vida más haya sido consejero ó maestro que actor en las terribles lides en que han contendido por la dominacion opuestas doctrinas y encontrados intereses de ellas nacidos, si debia, y con justicia, el elevado concepto de que habia llegado á gozar en sus últimos años á sus calidades de literato y autor, debia no ménos la veneracion con que era mirado y algunas de las extrañas honras que recibió á su situacion del más antiguo, autorizado, fervoroso y constante dogmatizador y sustentáculo de la fe religiosa y política que cuenta entre sus padres á los filósofos franceses del siglo XVIII.°, y entre sus triunfos la revo-

lucion de Francia en 1789 y todas cuantas de ella han sido copias más ó ménos ajustadas y cabales. Pero ni la Academia, ni quien ahora está hablando en su nombre, deben ni intentan considerar á D. Manuel Quintana como á hombre político. Al llegar á estas puertas dejan fuera de ellas los Académicos toda otra calidad que no sea la de cultivadores y guardadores de la lengua patria. Aquí dentro todos sólo como tales entran, y sólo como tales viven: aquí mismo y en esta hora sólo como tales deben ser juzgados. Con todo eso, hay circunstancias en que, para juzgar á un autor y sus obras, para tasarlas y para darles el merecido elogio, si no ha de dársele uno vago y trivial, es fuerza ir á averiguar en el escritor lo que influia en su mente, no para aprobarlo ó desaprobarlo, sino á fin de conocer y poner en claro cómo se formaba su complexion literaria del alimento intelectual con que se sustentaba y de las fuentes en que bebia, y de las cuales sacaba su inspiracion principal, ó diciéndolo con más propiedad, su inspiracion verdadera. Porque si Quintana es grande, y sin duda alguna lo es, debe su grandeza á ser el poeta de la filosofía del siglo próximo pasado, su cantor, su panegirista, y (si me es permitida una voz nueva) su aplicador en gran manera á la nacion de que era hijo, y de que vino á ser ornamento.

Una consideracion viene en este momento á la mente de quien está ahora ocupando vuestra atencion, y juzga oportuno exponerla á su auditorio por cuanto puede contribuir á esclarecer el mejor modo de juzgar á Quintana. Casi al mismo tiempo en que lloraba España la pérdida de este su célebre poeta, y á poco de haber sido tributados á su persona honores de una clase insólita entre nosotros, y sólo usada alguna vez en Italia, fallecia en la vecina Francia otro poeta de no menor celebridad entre sus compatricios, y más que otro alguno favorecido y halagado por el aura popular, yendo á

competencia gobierno y pueblo frances en colmar de distinciones á sus despojos, y en éstos á su nombre. Ya se entenderá que hablo de Beranger. Entre los dos objetos de tanto aplauso y de tanto obsequio, habia una semejanza, no obstante ser muy desemejantes en el tono y forma de sus composiciones; siendo el español solemne y pomposo siempre, y nunca satírico ni festivo, y el frances en la apariencia llano, y aun cuando se elevaba, sencillo, y con frecuencia burlon y cáustico; y queriendo y logrando el primero mantenerse en las altas regiones por donde, segun uso y rito antiguo, volaba y debia volar el poeta lírico, miéntras el segundo, con el humilde título de coplero, no sin ambicion, se remontaba á menudo en los pensamientos, y se dejaba llevar por vivísimos afectos, si bien aparentando no elevarse del terreno donde se habia grangeado altísima y merecida fama. Y con tanta diferencia de forma entre las obras de Beranger y las de Quintana, se parecian la suerte y aun el mérito de éste á los de aquel, en ser en el uno y el otro alabados y honrados á la par el patriota y el poeta, siendo consideraciones políticas, más aun que literarias, las que movian á muchos de sus admiradores y elogiadores á extremarse tantò en la alabanza, y á dar tan expresivas muestras de aprecio á los ilustres difuntos; lo cual está probado con sólo considerar que, entre quienes concurrian al triunfo póstumo de los dos, en sus respectivas patrias, abundaban personas para quienes el mérito en las letras era, ó cosa desconocida, ó materia de todo punto indiferente. Pero como podrá haber quien diga que esta separacion de los dos caractéres no es difícil de hacer, y que, hecha ya, á nosotros toca desatender la parte política, y dedicarnos exclusivamente al exámen de la literaria, bien será dar por respuesta á esta objecion prevista que la separacion deseada es, si no imposible, poco ménos, pues en Quintana y en Beranger están tan mezcladas las materias que constitu-

yen su valor ó su entidad intelectual y moral, que ha de trabajar mucho, y, segun es probable, en balde, quien vaya á quilatar la parte poética, pura ya de toda liga. En nuestro célebre compatricio está simbolizado lo llamado modernamente liberalismo de nuestra España y de nuestros dias, ó de los inmediatamente anteriores, en que entran gloriosos recuerdos del levantamiento de 1808 en defensa del honor é independencia de nuestra patria; de la porfiada contienda, con heróico teson sustentada, contra el poder gigante de un pérfido y violento usurpador; del sesgo que tomaron los negocios de la política interior en el discurso, y particularmente en los dias últimos de aquella guerra; y, por último, de los excesos de una persecucion atroz, por ningun motivo racional justificada, ni aun siquiera con pretestos de algun valor disculpada. En el coplero frances vemos el epítome y tipo ó la genuina expresion de la democrácia francesa, más amante de igualdad y de gloria militar que de libertad política ó civil fundada en las leyes; ufana de grandes victorias alcanzadas, desesperada y casi rabiosa de posteriores reveses padecidos, y aspirando al fin á que una sociedad de tal clase siempre aspira, al de ser regida por caudillos populares con autoridad omnímoda, aunque transitoria, y cuyo poder pese sobre los grandes y sobre los extraños, dando á los pequeños y propios la satisfaccion de ver rebajado el orgullo que les es enojoso, y en alto y gloriosísimo lugar la representacion de sus pasiones é interes, por ellos mismos creada y sostenida, ó en cuya creacion se figuran haber tenido parte.

En cuanto á nuestro Quintana, si bien las glorias de España en 1808 son de todos los españoles en general, y de ninguno en particular, el poeta de las odas á *España libre*, el principal escritor del *Semanario Patriótico* en su primera época, el hombre por cuyo conducto hablaba al pueblo la Junta Central en las horas de grandes sucesos y gravísimos

ahogos, puede reclamar, y aun hubo de conseguir, que de la suma de méritos contenidos por sus compatricios, le sea adjudicada, dando á cada cual su merecido, una parte muy considerable. Ahora, pues, este carácter patriótico y filosófico es Quintana todo, ó diciéndolo como se debe, Quintana cuando es ingenio de primera clase; y por eso en él, más que en otros muchos, es inseparable la naturaleza de las doctrinas que abrazó y proclamó de el precio legítimo de sus obras.

El de las de Quintana hasta 1808 no estaba tasado tan alto como lo ha estado, y con razon, posteriormente. Al reves, su persona, como cabeza de secta aún no públicamente reconocida, por no consentirlo las circunstancias, pero ya existente, gozaba ya de una importancia no leve. No es propio de este lugar, y tampoco juzgo conforme á vuestro deseo, hablar de la vida de Quintana; pero puedo repetir, sin temor de equivocarme ó de ser molesto, que no sólo es lícito, sino hasta conveniente, valerse de datos sacados de su situacion para el aprecio de su ingenio y de sus escritos. Por lo mismo será bueno aquí advertir que, si Quintana era estimado y declarado buen poeta y buen crítico, pero no el mejor de los poetas de su tiempo ni el crítico de gusto clásico más acrisolado, su casa, donde solian concurrir los más afamados literatos de aquellos dias, era á manera de un congreso de hombres adictos á las doctrinas favorables al mayor ensanche de la libertad política y religiosa, siendo en la concurrencia el ilustre dueño de la mansion como el presidente de los allí asociados.

Entónces, si habia ya publicado Quintana en la primera edicion de sus poesías las odas á *Guzmán el Bueno* y á la *invencion de la imprenta*, bien que ésta última muy mutilada; si habia dado á luz su composicion sobre el *combate de Trafalgar*; y si en el *Pelayo*, representado con medianamente feliz éxito, habia expresado pensamientos y afectos de ar-

diente amor de patria, y si tenia escritas, y, segun es de creer, habia enseñado á sus amigos las seis odas que con el título de *Poesías patrióticas* dió luégo á la estampa y juicio público en las horas de más hervor de la guerra de la Independencía, todavía el conjunto de sus trabajos generalmente conocidos no bastaba á darle un carácter peculiarísimo, ni le habia alcanzado el altísimo concepto de que despues, con justicia, ha disfrutado, de que hoy mismo goza, y de que debe seguir en posesion, sin temor de que haya quien con buenas razones le dispute sus derechos á su clara fama.

Y ésta se puso en el puesto en que hoy está, y donde debe estar y conservarse, cuando pudo Quintana descubrirse todo tal cual era verdaderamente. Quintana, para valernos de una expresion algo rancia ya, si tiene varias cuerdas buenas en su lira, sólo tiene una de mérito sobresaliente; pero cuando la pulsa, sus sonidos no sólo deleitan, sino que arrebatan, inflaman, arrastran, enternecen, moviendo los pensamientos más levantados juntamente con los afectos más nobles y sentidos. Pulse otra cuerda, y no sonará mal; pero hará poco efecto. Y aun hay algunas en las liras de otros, que en la suya faltan. Si habla del amor, es hasta frio. De la Religion, como una de las cosas que más subliman y conmueven el alma, el poeta nada dice. Á la belleza y perfecciones de la naturaleza externa se muestra indiferente ó desatento; y de sus relaciones con nuestro interior no hallamos en sus versos mencion alguna notable. Veamos, por ejemplo, cómo consideraba Quintana al mar en la, por otra parte, bellísima composicion que lleva este título. Estaba el poeta ansioso de admirar, y sobre todo, las obras y fenómenos sublimes de la naturaleza; los volcanes en erupcion; el mar en la grandeza de su inmensidad. Madrid y sus cercanías mal podian satisfacer tal deseo. Corre, pues, Quintana á las playas de Cádiz; llega á ver el Océano; le saluda arrebatado; le contempla y

empieza á describirle. Unos pocos periodos de buena, pero algo vaga, descripcion le bastan: pasa despues á las ideas que por natural asociacion se le presentan á la mente, y nada ó poco piensa, nada ó poco dice del Criador ó de la creacion; olvida las obras de Dios por las del hombre, y la *navegacion* es lo que le ocupa, y sus efectos en la civilizacion es lo que canta. Sin duda alguna, si hubiese escrito el mismo Quintana odas á los planetas, no los habria celebrado como pregoneros de la gloria de Dios, sino que se habria valido de ellos para ensalzar en hermosos versos, como hace en la oda sobre la *invencion de la imprenta*, los progresos de la astronomía y de las ciencias físicas con ella enlazadas. Aun la hermosura es á sus ojos más una perfeccion artística y exterior que un medio de conmovernos; que un objeto destinado á influir en todo el *sér* de quienes la contemplan. Pero trátese de los progresos del entendimiento humano, del amor de la patria, de la libertad política, de la dignidad del hombre (que para él siempre es ciudadano), en fin, de todo cuanto era y todavía es costumbre llamar conquistas de los siglos últimos desde el XVI.° al XVIII.°, y el volcan del pecho de Quintana revienta, y rompe en viva luz y en llamas abrasadoras, y despide torrentes de materias igneas, que admiran al espectador, y aterran al adversario, siendo magnífico en el concebir, y no ménos en la expresion de sus conceptos, y poeta eminente en el mejor y más lato sentido que tiene la voz *poesía*. Ténganse por ciertas ó por falsas, por provechosas ó por perjudiciales sus doctrinas, forzoso es admirar la elaboracion mental con que las funde en hermosísimas creaciones poéticas; y la fogosidad é intensidad con que siente y comunica lo que siente, de forma que como poeta patriótico y filosófico no es arrojo decir que no tiene rival en la lengua castellana, y que á nadie es segundo en los de otras tierras y otras edades.

Á su mérito correspondieron los efectos producidos por

algunas de sus obras, favorecidas por las circunstancias. Cuando en su espléndida oda primera *á España libre*, exclamaba;

Dadme una lanza.
Ceñidme el casco fiero y refulgente;
Volemos al combate, á la venganza, etc.

cedia á un arrebato de entusiasmo irreflexivo, que no es de creer hubiese podido conservar, si su brazo, poco apto para las lides, ó su cuerpo, nada á propósito para llevar los duros trabajos de la guerra, hubiesen blandido la primera, ó cargado con el grave peso del segundo; pero en vez de lanza, habia ya tomado la pluma, y siguió manejándola y haciendo con ella cruda guerra á los enemigos de su patria, consiguiendo abrirles más sangrientas, profundas y enconadas heridas, que podria haber hecho con las armas mejor templadas y manejadas el más diestro é intrépido soldado. No hicieron más los cantos de Tirteo que las efusiones líricas del poeta español, pasado á ser uno de los primeros empleados, y el principal escritor de las alocuciones al público del Gobierno, al cual tocó en suerte estar al frente de la Nacion en uno de los periodos más importantes de la, ya por mí citada, desigual y gloriosa contienda sustentada contra un coloso en lo material y en lo intelectual, por un pueblo que sólo podia oponer á la superioridad enorme de su contrario el inmenso poder que dan las fuerzas morales.

Y las reflexiones que acaba de oir mi auditorio están en su lugar hablando de Quintana como poeta, porque en sus proclamas no era otra cosa. Disimúleseme que lo repita, porque es fuerza tenerlo siempre fijo en la mente; cuando Quintana es grande, grandísimo en prosa ó en verso, lo es en su línea. Su *Pelayo*, ¿porqué no ha de decirse? como drama, es produccion de corto mérito; y no podia ser otra cosa, por-

que el buen poeta dramático ha de desaparecer, transformándose en los diversos personajes que crea y luégo mueve; y en Quintana no hay cosa que á transformacion se parezca ó se aproxime. Por otro lado, las proclamas de la Junta Central, como documentos políticos donde habla á una Nacion su Gobierno, tienen algo que tachar, y en algunas cosas no sin fundamento han sido tachadas. Pero considérense, segun deben ser considerados, varios trozos del *Pelayo* como proclamas encaminadas á excitar, mantener y avivar pensamientos y afectos patrióticos, y júzguense las proclamas como odas en prosa destinadas á producir los mismos efectos, y se encontrará la unidad, y con la unidad la excelencia del artífice y de sus trabajos.

En la magnificencia de sus conceptos y en la pompa y energía de su estilo cuando obedece al númen que verdaderamente le inspira, desaparecen completamente las faltas que se notan en sus obras cuando se le apaga ó amortigua el fuego que le enciende; lo cual acontece siempre que trata materias ajenas de aquellas en que encuentra, para valernos de una voz hoy ya en poco uso, su verdadero estro. Entónces no deja de merecer las censuras que de su prosa hizo con pasion violenta é injusticia notoria, el célebre Capmani, y que de sus versos hacian otros de sus contrarios. Tienen ojos de lince los enemigos para descubrir lunares en los objetos de su ódio, y si bien es cierto que su mala voluntad los vé donde no los hay, y los abulta donde existen; y que su malignidad unas veces los supone no viéndolos y otras los pondera cuando los halla, suelen en ciertas ocasiones poner á la vista manchas que no eran visibles entre el resplandor de obras admiradas con justo motivo. Así era comun tachar en Quintana galicismos frecuentes, impropiedad en el uso de las voces y con particularidad de los epítetos, falta de flexibilidad en el estilo y algo como laborioso y premioso en la expresion, así como pobreza en la rima;

censuras no siempre injustas, aunque debian confesar los censores que al lado de periodos trabajosos, y en sus poesías, entre versos no fáciles, solian aparecer otros valentísimos, rotundos y sonoros, tales que no tenian superiores, y apénas pueden conocer iguales en toda nuestra poesía antigua ó moderna.

Pero Quintana no ha sido sólo poeta. Como poeta, sin embargo, vá juzgado hasta ahora, porque en su mejor prosa hay los caractéres distintivos de su mejor poesía. Obras suyas nos quedan, sin embargo, por las cuales merece estimacion, aunque en ellas no se adviertan dotes poéticas; pero al decir estimacion va dicho todo cuanto puede decirse en su elogio. De *las vidas*, juzgando en ellas la forma y no el fondo, podria decir quien no temiese aparecer jugando con el vocablo, que carecen de vida, esto es, de la dote que más hechiza y más se echa de ménos cuando no aparece en las biografías, y que dá tanto valor á los famosos paralelos de Plutarco. Más mérito se advierte en las *Cartas á Lord Holland*; pero aun en ellas, para encontrar las prendas de una buena historia, es forzoso que influya en el juicio una pasion favorable.

Como crítico está Quintana á no poca altura; y, considerando las doctrinas dominantes cuando él concebia y daba sus fallos, la alabanza debe subir de punto, hasta declararle de los mejores en nuestra lengua, en tiempo en que no era llegada la hora de una crítica de superior naturaleza, fundada en mejores y más espaciosas y altas basas, y que descubre mucho más extensos horizontes. Porque á la verdad, si nuestra época lo es de decadencia, punto controvertible y en el cual puede sustentarse lo cierto abogando las más contrarias opiniones, pues segun el aspecto por donde se miren las cosas hay justicia en dar diferentes y aun contradictorias sentencias, en la crítica parece indudable que ha hecho el mundo civilizado notabilísimos progresos. Quintana era un crítico

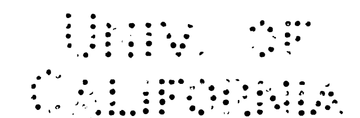
por el estilo del frances *La Harpe* y del escoces *Blair*, examinador más de las formas de los escritos que del espíritu que los anima; creyente con firme fe en unas reglas invariables para todo lugar y tiempo, y observador del clasicismo griego segun las interpretaciones latina y francesa moderna. Así, mirando, por ejemplo, el drama como composicion en que tiene una parte principal la mecánica, y como obra muy perfectible y perfeccionada con el curso de los siglos, contraponia á la tragedia griega en sus comienzos, que apellidaba *las heces del Tespis, los grandes cuadros de la Sfigenia y del Tancredo*, como si esta última obra dramática, la mejor ciertamente de la vejez de Voltaire, pero obra ya de la decadencia de un poeta (sólo mediano en sus mejores dias y en sus mejores tragedias, segun hoy confiesan sus mismos paisanos, aun los más apasionados admiradores de Corneille y Racine, y elogiadores del mismo Voltaire como escritor en prosa, ó en poesías de las llamadas ligeras) fuese uno de los modelos más dignos de aprecio y alabanza. Tal juicio pone en claro la norma de la crítica de Quintana; pero bien será repetir que no por ello merece censura, si se atiende á cual era su escuela. En esta su escuela, tal cual es, juzga Quintana con pleno conocimiento de materia, con erudicion bien aplicada, con agudeza, con tino, y hasta con cierta dósis de sensibilidad indispensable en el buen crítico. Sus trabajos en la obra periódica titulada *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes*, sus *introducciones* á las colecciones de poesías castellanas antiguas y modernas, por él mismo ordenadas, y otros trozos sueltos de su pluma, acreditan sus superiores dotes para juzgar, ajustándose á la legislacion que él creia buena, y por la cual era guiado en sus fallos. Y á veces su ingenio le impelia á adelantarse á su siglo y á su fe literaria. En la misma *introduccion á la coleccion de poesías*, donde una mala tragedia de Voltaire está citada como prueba de la perfeccion del arte,

hay un juicio sobre nuestros romances atinadísimo, agudísimo, y notable ademas, porque, sobreponiéndose hasta cierto punto á los preceptos de su fe antigua, divisa y empieza á sentir y á seguir las doctrinas de otra fe nueva. En el mismo discurso, al juzgar las poesías del bachiller Francisco de la Torre, y declarar imposible que fuesen parto del ingenio de Quevedo, entra en consideraciones del espíritu más que de las formas de las composiciones que examinaba, y por principios casi de la crítica novísima, resuelve bien, sin más datos que los de la evidencia interna, una cuestion que ha sido últimamente tratada en esta Academia con infinitamente superior erudicion, de un modo harto más comprensivo, con miras que se extendian más, y con muy superior juicio, por dos de nuestros compañeros, cuyos discursos, oidos con singular placer, deben estar todavía impresos en nuestra memoria.

Bien está al terminar nuestros juicios sobre Quintana, de los cuales el primero es tan notable por lo bien pensado y expresado, cuanto inferior el segundo y digno solamente de ser mirado con indulgencia, hacer una reflexion en que se encuentra la disculpa de la temeridad con que un ingenio corto, sólo ayudado por muy escasa instruccion, se arroja á medir y tasar la estatura y valor de un varon clarísimo, justamente reputado una de las glorias modernas de nuestra patria. La crítica adelanta; y hombres de corto valer, con mejores instrumentos que sus antecesores, hacen trabajos, sino de superior mérito, de mejor especie. Así, cuando aciertan, á su época y no á ellos es debida la alabanza. Era sin duda hombre superior el autor cuya pérdida hoy lloramos; pero luces nuevamente adquiridas nos dan medios para encontrarle su valor, aun cuando á la par se le descubran sus imperfecciones; de donde resulta provecho indudable á la causa del buen gusto, con tal que al desabrimiento y rigidez de la cen-

sura, corresponda y supere el entusiasmo en la aprobacion.

Esta regla conviene no perder de vista al pronunciar sentencias sobre las obras maestras y los más altos y esclarecidos ingénios en las artes y en las letras. Si á ellas ha faltado quien acaba de ocupar vuestra atencion, culpa habrá sido de su poca habilidad y no de su deseo; desacierto, y no malicia: pues sin dejar de creer conveniente notar las sombras á la par con las luces en los hombres grandes y en las mejores producciones del ingénio humano, hasta con la idea de hacer más perceptibles los primores dándoles el debido realce, todavía se complace en confesar que con los defectos inherentes á la humana flaqueza merece inmortal renombre, y es de creer que le alcance colocado en uno de los primeros lugares entre los españoles que han honrado á su nacion, el ilustre D. Manuel José Quintana.




C003252887


381291
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

